

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.
En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

SUMARIO.

Victor Hugo, por F. de B. P.—Impresiones de Córdoba, poesía, por José Nuñez de Prado.—Del Suizo á la Suiza, continuacion, por Eusebio Blasco.—Esperanzas, por A. Avilés.—¿Te acuerdas?, por A. Ll. A.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay.

VICTOR HUGO.

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

I.

La celebridad preeminente de que ha gozado el escritor francés Victor Hugo en el mundo literario, la singularidad de su talento, y su influencia en los escritores contemporáneos de nuestro país, pueden tal vez excusar el que se den á luz las siguientes consideraciones, aunque sobre otros méritos les falten los del interés de actualidad, que la agitacion de nuestra existencia presente suele reclamar en todo, sin excluir la esfera de los estudios del arte y de la literatura.

Presto habrán de cumplirse cuarenta años, desde que, al publicarse por primera vez en España la novela de Victor Hugo, titulada *Nuestra Señora de Paris* el mundo literario recibió una impresion profunda. Conocido su autor desde la década segunda de este siglo, por la originalidad y remontado vuelo de sus producciones rimadas: llamado ya por otro génio y grande escritor de la vecina Francia *el niño sublime*, al dar á conocer las primicias de su talento y sus serias meditaciones; predestinado quizás á transmitir á su patria, y á desenvolver y aplicar, con relacion á ella, nuevos principios literarios, profesados bajo otro cielo, en otros climas, por hombres de distinta

raza, de diverso temperamento, tradicion y creencias; el nuevo apóstol y predicador francés de la doctrina romántica, poseedor de un vasto caudal de erudicion, á la vez que de una potencia imaginativa creadora y fecunda, se vió forzado á dar al mundo, juntamente con la teoría nueva de la belleza y la verdad literaria, el ejemplo práctico de lo que era capaz de producir su espíritu libre y elevado.

«Mucho importa fijar,» habia dicho este escritor siete años antes de dar á la estampa la obra de *Nuestra Señora*; «mucho importa consignar que en literatura, no menos que en política, el orden se concilia en gran manera, con la libertad, y hasta es su resultado. Mas guardémonos de confundir, por eso, el orden con la regularidad: que, si esta va aneja á la forma exterior, nace aquel del mismo fondo de las cosas, de la disposicion bien entendida de los elementos íntimos de un asunto. Es la regularidad una combinacion material y meramente humana; pero al orden pudiéramos llamarle divino. Calidades, en su esencia tan diversas, proceden de ordinario, cada cual por distinto rumbo y con absoluta separacion. Una catedral gótica presenta un orden admirable en su sencilla irregularidad: al revés, nuestros edificios franceses modernos á los que tan torpemente se ha hecho aplicacion de la arquitectura griega y romana, ofrecen solo un desorden regularizado. Un hombre comun podrá en buen hora ejecutar una obra regular; pero el ordenar una composicion solo á los grandes talentos será concedido. El creador que vé desde arriba, ordena: el imitador que se pone á mirar de cerca, regulariza. Procede el primero con arreglo á la ley de su naturaleza, y el segundo conforme á las reglas de su escuela. Si para el uno es un arte la inspira-

cion, para el otro es una ciencia;... Siendo la regularidad el gusto de la medianía; puede el orden llamarse el gusto del Genio. Ni entiéndase tampoco por tal libertad la anarquía; supuesto que, en caso ninguno la originalidad ha de ser pretesto y salvaguardia de la incorrección. Eso más debe ser intachable una obra literaria, cuanto más atrevida fuere su concepción. Cuanto menos caso se haga de la retórica, tanto mayor respeto hay que guardar á la gramática.... Un escritor que ponga mientes en la posteridad, ha de purificar de continuo su dición, sin borrar por eso el especial carácter, por cuyo medio su expresión va pregonando la individualidad de su alma. Ello es que el neologismo es tan solamente el triste recurso de la impotencia; y las faltas en el lenguaje han de representar mal, de por fuerza, al pensamiento; porque el estilo es á manera del cristal: su brillo consiste en su pureza.»

Curioso es investigar cómo el insigne escritor trató de desenvolver estos y otros de sus principios en la composición de sus cuadros dramáticos y de sus historias ficticias; y cómo también la turba de imitadores vulgares erigieron en ley la irregularidad en el fondo y en las formas: el atropellamiento de las leyes eternas del buen gusto, y exageraron la exageración misma de sus modelos innovadores, sin ser dueños de tan alta inteligencia y fantasía, ni de tan sólidos estudios, ni alcanzando el poder de imitar sus aciertos sorprendentes.

F. DE B. P.

(Se continuará.)

A continuación nos complacemos en insertar la bellísima poesía que Córdoba inspiró hace ya algunos años á nuestro colaborador el Sr. D. José Nuñez de Prado. Seguros estamos de que han de agradar á nuestros lectores el magestuoso brio y el esquisito sentimiento que estos armoniosos versos encierran.

IMPRESIONES DE CÓRDOBA.

I.

Templa, Guadalquivir, el régio brío
Contra ese puente que tu furia doma

Y al peso de los años se desploma;
Conserva esa cadena, noble río,
Que hechó á tu cuello la opulenta Roma.

¡Aquí está el pié de César! aquí toco
La cifra de los grandes pensamientos,
Que agitaban su alma turbulentos;
Eran los hombres á su audacia poco,
Y quiso encadenar los elementos,

¡Cuántos días de gloria reflejaron
Esas corrientes aguas cristalinas!
¡Cuántos templos en ellas se miraron
De los que ya los siglos que pasaron
No han dejado siquiera las ruinas!

No temas, que en acento do'orido
Te recuerde tu pompa y tu grandeza,
Noble ciudad, que solo del olvido
Voy á sacar tu imperio derruido,
Para darle color, tumbre y belleza.

Paz respira mi canto; satisfecho
Sonrie cuanto miro en mis antojos;
Para sufrir el corazón deshecho
Y el infierno de horror que hay en mi pecho
Siempre tengo un Eden ante mis ojos.

Tengo el poder de un mago; donde toca
Mi vara se alza el arruinado muro,
Abre su seno cóncavo la roca,
Y si los muertos mi canción evoca,
No hay sombra que resista á mi conjuro.

Tus palacios radiantes de alegría,
Cuyos recuerdos de placer encantan.
Súbito se alzarán á la voz mía,
Como al son del clarín que anuncia el día
Las dormidas falanjes se levantan.

Y sonreirás á mi canción de amores,
Perdida entre tus bóvedas moriscas,
Tan blanda como el viento que entre flores
Alzaba el abanico de colores,
Deleitando á tus bellas odaliscas.

II.

Ya descubren mis ojos la Mezquita,
Del grande Abderraman, sublime idea,
Epopéya con mármoles escrita;
Entre sus mil columnas la infinita
Sombra de Dios con magestad pasea.

¿Cómo entre gentes que al cristiano suelo
Llevaron siempre la señal de guerra
Naciste, tú, de magestad modelo;
Tú, que puedes servir de breve cielo
Para que habite Dios sobre la tierra?

¿Estaba escrito ya en el firmamento,
Que el Señor de su trono bajaría
A pisar tu anchuroso pavimento,

Y un ánge! te esculpió en el pensamiento
Del grande Emperador mientras dormía?

Una voz vaga en tu recinto nombra
Siempre á mi Dios en cántico infinito,
Y de cada columna la ancha sombra
Pinta una letra en la tendida alfombra
Del nombre de mi Dios, que allí está escrito.

Y en la trompa del órgano sonora,
Que en las estensas bóvedas resuena,
Job lamenta el pesar que le devora,
David suspira, Jeremias llora,
Y la voz de Ezequiel airada truena.

Entre las nubes del incienso jira
La hermosa Zulamita ébria de amores,
Y al eco blando de su dulce lira
El cantor de los cánticos suspira
A través de los arcos de colores.

Mas ¿cómo ha de pintar mi loco anhelo
Las maravillas que tu seno encierra?
Para copiar tan mágico modelo
Ni hay colores bastantes en el cielo
Ni armonía cabal sobre la tierra.

JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Del Suizo á la Suiza.

LA SOMBRA.

II.

Pasó un cuarto de hora y acabamos de almorzar.

Saludé á los compañeros de mesa, y fui á ponerme otro pantalon.

Pero ¡oh fatalidad! Como iba tan preocupado con la idea de lo que acababa de sucederme, en lugar de abrir el cuarto núm. 6, que era el mio, abrí el 10, y me encontré á mi hombre en calzoncillos, y metiendo la cabeza por una camisa.

Al mismo tiempo de entrar yo, le pasó por delante de la cara la camisa que se estaba poniendo, y yo cerré la puerta precipitadamente, y me metí en mi cuarto.

Al entrar oí al individuo que gritaba como si ladrase:

—¡Quién!!

Cerré mi cuarto con llave por si acaso.....

¡Cuántas reflexiones hice en media hora!

—¿Quién será ese hombre? El parece per-

sona decente.... ¿por qué me carga de esta manera? Yo le llamaria feo si tuviera que insultarle, pero la verdad es que no tiene nada de feo.... al contrario, es un hombre agradable.... tendrá unos treinta y cinco años; los ojos son espresivos y la mirada penetrante, el cabello castaño; esas patillas largas y puntiagudas no dejarán de hacerle gracia á alguna mujer.... su porte es distinguido, digámoslo así.... va elegantemente vestido.... ¿quién será? Dios mio ¿qué voz misteriosa es esta que nos dice desde el fondo del alma: ama á ese ser, ó aborrécelo? Y es el caso que muchas veces la voz nos dice que simpatizamos con un hombre, y efectivamente sentimos nacer la simpatía, y nos hacemos amigos del hombre aquel, y á poco el hombre nos pide trescientos reales y ya no volvemos á ver ni al ser simpático, ni á los quince duros.... En cambio, cuando la voz secreta y misteriosa nos aleja de una persona, y sentimos nacer la antipatía... acaso perdemos un excelente amigo... porque ¿quién sabe si ese hombre del cuarto número 10 será un hombre de bien, honrado, amigo de sus amigos, y capaz de hacer cualquier sacrificio por los que le quieren? Yo le detesto... ¿por qué le detesto? El parece que me detesta á mi tambien... ¿me detestará? ¿Qué misterio es este, y qué alma es esta que así vacila, y así se equivoca, y qué es el hombre y qué es la simpatía? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¿saldrá esta mancha de vino?

Al dia siguiente madrugué para ir al Grao.

En la estacion del ferro carril hay trenes para el Grao cada media hora, además de los trenes que van á diferentes puntos de España.

No es, pues, estraño que los viajeros de diez minutos se encuentren á veces con los viajeros de diez y ocho á veinte horas.

En tanto que llegaba la de salida del tren del Grao, me entretuve en ver algunos de los individuos que se disponian á salir para Madrid.

¡Ah lector, qué momento fué aquel tan dichoso!

Ví al hombre antipático, con cartera de viaje, un *cabá* en la mano derecha, y un paraguas y dos bastones atados con un cordon en la mano izquierda.

En seguida nos vimos: en seguida nos miramos; en seguida nos dijimos con la vista....

El á mí:

—¡Al fin me voy de tu lado *infame!*

Y yo á él:

—¡Ya era hora de que te fueras *vil!*

Y silbó la locomotora....

Y resopló el vapor....

Y sonó el martinete del telégrafo....

Y se oyó el pito....

Y subieron todos los viajeros á los wago-
nes....

Y subió tambien ÉL....

¡Y se fué!

—¡Aaaahhhh! ¡Bendito sea el que inventó
el vapor, mi querido tocayo, Blasquito de Ga-
ray! dije.

Subí á mi wagon, llegué en diez minutos
al Grao, y almorcé á la orilla del mar.... de-
voré, bebí, canté, fui feliz, ¡completamente
feliz!

Cuando volví á Valencia, le pregunté al
camarero de la fonda:

—¿Cómo se llama ese caballero que ocupa-
ba el cuarto inmediato?

—¿El que se ha marchado hace poco?

—¡Sí!

—Pues ya lo sabe V.

—¿Cómo que lo sé

—¿No lo está V. diciendo?

—¿Yo?

—¡V.!

—¿Si, eh?

—Sí.

—Oiga V., ¿con qué derecho gasta V. bro-
mitas conmigo?

—¡Pero si no gasto bromas, señor!

¿Cómo se llama ese hombre, me lo dice V.,
sí ó nó?

—Sí.

—Pues dígame'o si no quiere hacerme per-
der tiempo.

—¿Pero no le digo á V. que Sí?

—¡Por vida de Cristo Padre, que le voy á
romper á V. la cabeza por insolente!

—Canastos! gritó el mozo; ¡es que el señor
ese, se llama D. Pedro Sí!

Créame el lector, si hubiera tenido delante
al interesado, le pego. ¡Hasta su apellido me
daba disgustos!

¡Mire V. qué ocurrencia del demonio! ¡Lla-
marse Sí! ¡Esto no tiene ejemplo!

No puede figurarse nadie el miedo que sen-
tí desde aquel momento.

Porque decia:

—Estoy seguro de que en llegando á otra
poblacion, y en contestando ¡sí! á cualquier
cosa que me pregunten, va á aparecer ese
hombre... y me ahorcan.

Pero la alegría de verme libre de aquel
hombre, el contento de no tener siempre de-
lante de mí aquella sombra, me lo hizo olvi-
dar todo.

Me olvidé de todo, hasta de pagar una
cuenta.

Debia entregar un dinero á un Sr. de Pe-
rez, y no entregué el dinero al tal de Perez.

Yendo de Valencia á Barcelona, me acordé
del olvido, y no pude menos de maldecir al in-
fame Sí, que tenia la culpa.

Y la tenia, porque si yo pasaba por tram-
poso á los ojos del Sr. de Perez, ¿por qué seria
sino porque yo, preocupado con el placer de
no ver al Sr. Sí, no me habia acordado de
pagar?

Para evitar toda sospecha, escribí al Sr.
de Perez que me indicase una persona á
quien pudiera entregarle yo el piquito en Bar-
celona.

En esta poblacion me detuve algunos
dias.

¡Y andaba por todas partes sin la sombra!
¡Y no veia por ningun lado á mi hombre! ¡Ah,
qué felicidad!

No tardé en recibir el aviso del Sr. de Pe-
rez para que entregara el dinero en casa de
Cuells y compañía, del comercio de sedas.

Al ir á hacer el pago, me pareció ver en
un portal de la calle de Escudillers al hombre
antipático.... temblé....

Un amigo que pasaba por la acera de en-
frente me gritó:

—¿Quieres venir á comer conmigo?

Y bien á pesar mio le respondí:

—¡No!

Por razones que Vds. comprenderán.

Eché á correr en direccion de la plaza
Real....

—Dios mio (murmuraba), ¿seria él?

Llegué á la casa de comercio donde debia
pagar, y apresuradamente saqué el dinero, y
dije:

—¿El Sr. Cuells?

—No está, me respondieron.

—Tenia que hacerle un pago....

—Ahí está el socio; le llamaremos, y es lo
mismo.

—Bueno.

Mientras venia el socio, me asomé á la
puerta:—¡Qué niño soy! dije; probablemente
aquel hombre no seria el mio...

En aquel momento oí que habia bajado un
hombre á la tienda. Era el socio; volví la ca-
beza para saludarle....

¡Era .. Sí!

Tales son los efectos de la fatalidad: ¡lo único que me faltaba era tener que darle dinero á aquel monstruo!

Se lo dí; se lo di.... y me fui sin decirle adios.

EPÍLOGO.

Voy á salir de Barcelona.

¡Ay del que me falte, en adelante!

A toda coqueta que me pregunte si la quiero, á todo usurero que me pregunte si le aprecio, á todo empresario que me pregunte si es de fiar, á todo el que se me dirija preguntándome algo que merezca un insulto, le he de contestar con toda la efusion de mi alma:

¡Sí!!

Y ya no me caso, por no recibir un *sí* en los altares.

Barcelona 8 de Julio de 1867.

EUSEBIO BLASCO.

 ESPERANZAS.

Como la blanca gaviota
cruza el anchuroso mar,
con la esperanza de hallar
alguna playa remota
donde poder descansar;

Cual por áspero camino
vá sediento peregrino,
bañada en sudor la frente,
pensando en el cristalino
licor de apartada fuente;

Así yo cruzo el desierto
donde la vida se lanza,
mecido por la esperanza
de encontrar el dulce puerto
dó reina la bienandanza.

¿Será la esperanza mia
sueño de la fantasía,
vana y fugaz ilusion?...
Ah! no, que mi corazon,
de dolor se rompería.

A. AVILÉS.

 ¿TE ACUERDAS?

¿Te acuerdas? Yo, todavía,
¡con qué placer lo recuerdo!
Era otoño; por la tarde
tu madre nos daba un cesto;
los dos, cogidos del brazo,

bajábamos al viñedo,
y yo cubria de fruto
tu falda, siempre pidiendo
por cada grano, sonrisas,
por cada racimo, un beso.
Y cuando ya se llenaba,
derribábamos el cesto.
Recogíamos las uvas,
para tirarlas de nuevo,
una vez, dos, muchas veces,
y tirando y recogiendo
siempre llegaba la noche
entre sonrisas y besos.
¿Te acuerdas? Yo, todavía,
¡con qué placer lo recuerdo!

A. LL. A.

 MISCELÁNEAS.

—Señora, es V. encantadora; sus ojos de V. me parecen dos brillantes, sus dientes perlas, y sus lábios me recuerdan el coral.

—¡Por Dios, caballero, no diga V. eso!

—¿Por qué?

—Porque si lo llega á oír mi marido, me va á enviar á una casa de empeño.

*
*
*

Un gitano le dijo á su compadre cierto dia que si queria acompañarle á las tinieblas que se celebraban en Semana Santa.

—¿Y qué son tinieblas? preguntó el gitano.

—Vén y lo verás, contestó su compañero.

Fuéronse, en efecto, ambos á las tinieblas. Pero el gitano invitado se durmió á poco junto á un pilar. Cuando se hubieron apagado todas las luces y empezó el estruendo de carracas y matracas, nuestro hombre se despertó muy asustado, y al verse en la oscuridad; se arrimó al pilar, sacó la navaja, y dijo en voz alta:

—La primer tiniebla que se me acerque, la divido.

*
*
*

Fué un gitano á confesarse, y preguntóle el cura:

—¿Qué es confirmacion!

—*Pare, jable ozte* claro, que no *chanelo*.

—Hombre, es un Sacramento por el que nos corroboramos en nuestra fé; al administrarlo se pega en la cara.

--Basta *pare*, ya sé lo que és: lo que *jago* yo con mi mujer todos los días.

*
*
*

El Domingo anterior tuvo lugar en Montoro el solemne acto de la apertura del primer curso académico de un instituto libre de segunda enseñanza, que declaró abierto después de un luminoso discurso el Sr. Alcalde, nuestro distinguido amigo D. Andrés Piédrola y Gomez.

Damos la enhorabuena mas cordial á la ciudad toda y muy especialmente á nuestro amigo que concibió el pensamiento y con tanta actividad y celo lo llevó á cabo, eligiendo un brillante claustro de profesores, entre los que merece particular mencion el director cuyo nombre sentimos no recordar.

* *

—¿Por qué, preguntaba á un turco una señora española, les permite á Vds. la ley de Mahoma tener varias mujeres?

—Señora, respondió este, solamente con el objeto de poder encontrar en varias todos los atractivos que V. sola reúne.

* *

En los periódicos de Paris se publicó hace poco el siguiente anuncio:

Se vende un hermoso lorito que habla dos lenguas.»

Un comprador fué á la casa en que el animal estaba de venta, y preguntó al amo:

—¿Cuáles son las lenguas que habla el loro?

—El francés, contestó el vendedor.

—¿Y la otra?

—¿La otra? La suya.

* *

Un envidioso se aproxima al autor de una obra, que ha obtenido con justicia un gran éxito:

—¿Sabe V., le dice, que su obra no me gusta?

—¿Cuánto me alegro! respondió el autor. Era el único triunfo que ambicionaba para mi libro.

* *

Un cajero entregó al jefe la cuenta correspondiente al año, encabezándola con una especie de discurso, en el cual encomiaba su probidad, su economía etc. Al final se leía este párrafo: «Por último, ninguno podrá presentar tantas y tan repetidas pruebas de *onradez* como el que suscribe»

El jefe, que era muy exigente en materia de ortografía, notó con disgusto la falta de la *h*, y llamando inmediatamente al cajero, le dijo:

—Amigo mio, desde hoy cesa usted en su destino.

—¿Dios mio! ¿Por qué?

—Porque su *onradez* de usted no me satisface.

El cajero ofendido, citó á juicio al que le injuriaba.

—El señor tiene que probar su calumnia,—dijo;—yo soy un hombre honrado á carta cabal.

—Repito que su *onradez* de usted no es completa.

—¿Pues qué le falta?

—Una *h*. Y mostró el documento.

El cajero pagó el juicio y no volvió á incurrir mas en semejante descuido.

* *

¿Ha visto V. el prospecto
Del thé que dá Mr. Hume?
Ya no tiene que temer
El que del estanco fume.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

A la Srta. D.^a A. M. de G.

El domingo por la tarde
pasé por tu *prima* y *dos*,
y al ver tu *primera* y *tercia*
se me alegró el corazon.
No he visto en toda mi vida
cual tu *cuarta* y *prima*, *dos*;
y la *prima*, *quinta* y *sesta*
no es tan dulce cual tu voz.
Las mugeres de mi *todo*,
son muy bellas, sí señor,
mas como tú no hay ninguna,
eso lo aseguro yo.

J. LOPEZ.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCION Á LA SEGUNDA DEL NÚMERO ANTERIOR.

ZAMBOMBA.

CÓRDOBA.—1873.

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.

--Esta tarde no nos es posible admirar vuestra casa: es ya casi de noche y para ver el interior se necesitará mas luz; pero tendremos un gran placer, señora baronesa, en pasear un poco con Vds.

—Entonces, al parque! exclamó levantándose la señora de Mervilly. Seguidme, yo indicaré el camino.

Todos se levantaron y saliendo del salon atravesaron el vestíbulo. El lacayo que estaba esperando fuera se apresuro á abrir la puerta de entrada y se mantuvo de pié grave y triste. Un observador hubiera notado en su mirada y actitud una espresion mezclada de respeto y de ironia cuyo sentido no era difícil adivinar: evidentemente significaba que tanto como honraba á sus antiguos amos, aunque pobres, tanto desdeñaba á los que gracias á su fortuna se veían ahora dueños de la propiedad de Mervilly.

Este mismo sentimiento habia manifestado Lucía, la doncella, al anunciar la visita de Mr. Herbault. Servidores afectuosos y desinteresados, se irritaban al pensar que los bienes de la noble familia que tanto querian debiesen pasar á otras manos y, sobre todo, á manos plebeyas que les parecian indignas de poseerlos. Todavía hay de estos criados que con un poco de vanidad y mucho corazon, son aristócratas como marqueses y fieles como perros.

Didier que habia quedado un poco atras se fijó en el doméstico y comprendió lo que sentia.

—Mi buen Huberto, le dijo indicándole á sus huéspedes con la mirada, es necesario tener toda clase de consideraciones con estas honradas gentes.

El lacayo bajó tristemente la cabeza.

—Si, señor baron, respondió: pero no puedo acostumbrarme á la idea de que todo esto pertenece á ese Mr. Herbault.

El baron no insistió: comprendió que seria inútil cuanto hiciera por modificar aquella impresion del digno hombre que ha-

cia diez años estaba al servicio de su familia, permaneciendo siempre adicto á ella.

El paseo principió por el parque.

La luna se dejaba ya ver en el horizonte mezclando su luz nacarada con los reflejos pálidos del sol poniente: la campiña comenzaba á platearse bajo los rayos del astro nocturno; las perspectivas se cubrian de sombras opacas y de melancólicas tintas: Mervilly recibía aun una ténue y fantástica claridad, así como los demás puntos culminantes que rodeaban el parque. Todo aparecia como envuelto en una gasa trasparente.

La tarde sonreía, sin embargo, exhalando delicados perfumes y suaves armonías.

Nuestros paseantes caminaban, pues, á pasos lentos bajo el encanto de este crepúsculo iluminado á *giorno*, si así puede decirse. La baronesa y Mr. Herbault se adelantaron á los demás haciendo graves y filosóficas elucubraciones sobre la instabilidad de la fortuna. Valentina de Champrosay y Félix Duhautbois les seguian: este haciendo calurosos elogios de la nobleza de raza y desarrollando ante su bella compañera una série de conocimientos heráldicos por los que aquella parecia tomar un vivo interés. Clotilde y el jóven baron marchaban los últimos cambiando á intervalos algunas palabras, pero con la particularidad de que si esas palabras las decia Didier eran amplia é inmediatamente aprobadas por la señorita Herbault con ese mudo apresuramiento á que tanta gracia y seduccion añade la juventud.

Despues de dar la vuelta al extenso cercado, se detuvieron delante de la verja principal que estaba abierta: un coche esperaba en el camino; era un pequeño charaban al que habia enganchado un enorme caballo del pais, sugeto por la brida por un muchacho con blusa y gorra. El tren no era muy elegante en verdad; así pues no era extraño que la baronesa despues de examinarlo preguntara á Mr. Herbault:

—Es de V. esto?

—Si, señora; respondió el manufacturero, es modesto, y aun si se quiere rústico; pero bah! *esto* me basta.

—Verdaderamente, V. no es muy difícil de contentar; exclamó Felix con tono alegre y ligeramente burlon. Riqueza obliga, vive Dios! V. debería tener una carretela y caballos de precio.

—Y que haria yo con eso, santo cielo! con mis hábitos y mis gustos de simple obrero? enhorabuena que los tenga un *dandy* como V., querido amigo; en su caso, yo tendria la ambicion de todo lo que es *noble* y brillante.

Al replicar así, Mr. Herbault miró maliciosamente á Felix que comprendió el epigrama y contestó, riendo de buena fé:

—En vez de burlarse de mis ideas aristocráticas, bien podia V. ayudarme con un préstamo suficiente á mantenerlas; señor millonario. Piense V. como quiera, el fausto sentaria admirablemente á su figura venerable; y yo estoy seguro que Clotilde no se mostraria muy opuesta á una innovacion en este sentido.

—Es verdad hija mia? Te disgusta acaso mi manera de vivir?

—No, por cierto. Jamas he dicho nada que pueda autorizar á Felix á creer lo que ha dicho. Tu eres demasiado bueno y generoso para que yo no me enorgullezca de tí como si tuvieras los mas ricos trenes del mundo.

A estas palabras siguió un concierto de elogios que pusieron de nuevo á Clotilde en la mayor confusion. La baronesa la tomó una mano y la besó en la frente:

—Es V. una niña encantadora, le dijo: vaya V. á vernos á menudo á nuestra nueva morada de Orbec: nos proporcionará V. con ello un gran placer.

—Y yo lo tendré tambien en ser su amiga, añadió Valentina de Champrosay.

Clotilde balbuceó algunas palabras á modo de accion de gracias y una lágrima de reconocimiento brilló en el fondo de su mirada enternecida.

Mr. Herbault que habia guardado silencio, se dirigió á Didier

se debe, pues, encontrar impropio el que yo me resista á abandonar: al contrario, él debe alegrarse, porque así le manifiesto toda la intensidad de mi cariño filial.

Mientras la señorita Herbault hablaba, sus ojos no se apartaban de los del baron: habia en esta mirada unos destellos humedecidos por decirlo así, que revelaban la violencia ejercida para ocultar una lágrima imprudente. Didier notó esta particularidad, pero la atribuyó á la sensacion que experimenta á menudo una joven tímida, cuando se vé objeto de la atencion de todos los que la rodean. Queriendo, pues, librar á Clotilde del tormento que él la atribuia, trató de variar la conversacion.

—Esa sutileza es encantadora, dijo. Es el mas dulce elogio que un padre puede recibir de su hija.

Un murmullo de aprovacion acogió estas palabras. El baron repuso sonriendo.

—Pero yo creo, madre mia, que esta noche tenemos todavia el derecho de hacer los honores en Mervilly. El tiempo es delicioso y el sol está próximo á ponerse: propongo, pues, que demos un paseo por el parque.

La baronesa habia dirigido su mano á un cordon de campanilla para pedir luces, pero la proposicion de su hijo la detuvo.

—Me parece feliz esa idea, dijo; y puesto que tenemos el derecho de egercer aquí la hospitalidad hasta mañana, me permito invitar á Mr. Herbault y á sus acompañantes á que visiten los departamentos y alrededores del palacio. Valentina, mi hijo y yo tendremos un placer en guiarles primero á las habitaciones y despues á los jardines de nuestro castillo señorial.

Esta frase, que acusaba un sentimiento de orgullo, fué acompañada de un suspiro mal contenido. La baronesa se apresuró á dulcificar lo que pudiera tener de altanero sonriéndose y añadiendo alegremente:

—Aceptan Vds. mi invitacion, no es verdad?...

Mr. Herbault la interrumpió.